

Escuela Santa María de Iquique

Masacre que no se olvida

IVAN LJUBETIC VARGAS (En "Punto Final" N° 629, 1° de diciembre, 2006)

“Hacia las tres y media a cuatro de la tarde una terrible expectación reinaba en el interior de la Escuela Santa María -relata Elías Lafertte, testigo de los acontecimientos-. Tropas del ejército apuntaban sus fusiles contra los obreros y contra la azotea, donde se hallaba en reunión permanente la dirección del movimiento. En cuanto a las ametralladoras en manos de marineros de los barcos surtos en la bahía, estaban dirigidas contra las apretadas filas de pampinos”. Era el sábado 21 de diciembre de 1907. Allí no sólo había obreros, sino también niños y mujeres. Una de éstas era Agueda Muñoz que, con sus tres hijos, había marchado una semana, desde la oficina salitrera Alianza. Los cuatro formaban parte de esa palpitante multitud. Uno de sus hijos comenzó a llorar:

-Mamá quiero hacer pichí...

-Aguántate un poco, chiquillo de moledera...

-Ya no puedo más, por favor, mamá...

Un militar montando un caballo blanco se acerca. Es el general Roberto Silva Renard. Se escuchan las notas de un clarín. Se hace un silencio angustioso, sólo se oyen los sollozos del hijo de doña Agueda. No le queda más que tomar a sus tres niños y, abriéndose paso entre la masa proletaria, dirigirse a los baños del interior de la escuela. Allí están cuando se escuchan gritos y de nuevo el clarín. Luego ráfagas de ametralladoras, disparos de fusilería. Y más gritos. Ahora de dolor y de ira. Por estar en los baños de la escuela, escapan a la muerte.

Uno de los hijos de Agueda Muñoz es Angela Henríquez Muñoz, que entonces tenía tres años de edad. Ella sería la madre de esa imprescindible luchadora llamada Sola Sierra Henríquez, presidenta de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos.

UNA VEZ MAS, LA BURGUESIA ASESINO AL PUEBLO

Se ha perpetrado la terrible masacre de la Escuela Santa María de Iquique.

Gobernaba el presidente Pedro Montt.

Elías Lafertte relata: “Por las calles empezaron a pasar carretones basureros que venían de la Escuela Santa María cargados de muertos y heridos. A los bomberos, bajo el mando de John Locked, un inglés que era gerente de la firma Locked Brothers, se les había asignado la macabra tarea de llenar las carretas con cadáveres... Toda la noche desfilaron las carretas para poder trasladar y hacer desaparecer los dos mil muertos, víctimas de Silva Renard... A medianoche, los soldados rodearon el hospital, el lazareto y la morgue y en carros del ejército se llevaron a todos los muertos, a todas las víctimas del crimen, y los echaron a la fosa común, en un hacinamiento indescriptible”.

Intentando justificar la matanza, el general Roberto Silva Renard publicó un parte de guerra donde se decía: “Ayer, inmediatamente de recibir en la plaza Arturo Prat - a la 1:45 p.m. y en circunstancias de revistar las tropas de guarnición y de la marinería-, la orden de reconcentrar en el Club Hípico a los huelguistas, dispuse que evacuasen la plaza Manuel Montt y la Escuela Santa María, donde se sabía

estaba una gran masa de huelguistas... Pasando por entre la turba llegué a la puerta de la Escuela... El comité respondió desde la azotea y rodeado de banderas se presentó en el patio exterior an-te una apiñada muchedumbre. Hice avanzar dos ametralladoras del crucero Esmeralda y las coloqué frente a la Escuela con puntería fija a la azotea en donde estaba reunido el comité directivo de la huelga... Hechas las descargas y ante el fuego de las ametralladoras, que no duraría treinta segundos, la muchedumbre se rindió”.

Terminaba la desigual “batalla”. Los pampinos con puños, banderas y gritos, contra los fusiles y ametralladoras del ejército.

El escritor reaccionario Francisco Valdés Vergara, en una conferencia en el Centro Conservador de Santiago, el 1° de mayo de 1910, refiriéndose a los sucesos del 21 de diciembre de 1907, dijo: “No puedo recordar sin tristeza aquella tragedia de Iquique que ahogó en un charco de sangre el levantamiento sedicioso de algunos miles de obreros. Esta muchedumbre se levantó amenazante contra el orden, contra los bienes y las personas, se negó a todo avenimiento inspirado por la justicia y hubo de ser sometida, para evitar mayores males, con el empleo severo de las armas”.

Luis Emilio Recabarren, en su obra La huelga de Iquique en diciembre de 1907. La teoría de la igualdad, responde a Valdés Vergara: “Nosotros conocemos íntimamente la historia de ese movimiento y hemos reconocido que jamás hubo en Chile una acción más hermosamente ordenada y tranquila, donde la justicia de esa acción se destacaba. ¿Qué pedían los obreros en huelga? ¿Pedían acaso una monstruosidad? ¿Iban en pos de una cosa injusta? ¿Pedían acaso una exageración? ¡No, mis queridos hermanos! Los obreros del salitre reclamaban estrictamente una cosa justa hasta la evidencia. Los obreros del salitre hicieron ver a sus patrones que su salario actual (en 1907), en billetes chilenos, había bajado casi a la mitad en el breve espacio de tres años, y aún a mucho más de la mitad tomando en cuenta la elevación del precio de la vida. El obrero que ganaba 5 pesos al día, con el cambio a 6 peniques en 1904 y que en 1907 ganaba los mismos 5 pesos, con un cambio casi ya a 8 peniques, indudablemente veía su salario rebajado en la mitad y más aún. O sea, en 1904, el trabajador ganaba 80 peniques al día; en los últimos meses de 1907, recibía sólo 45 peniques. A cada trabajador el patrón le usurpaba 35 peniques por día”.

Así era, en efecto. Nada más alejado de la realidad las afirmaciones de Francisco Valdés Vergara.

EL MOVIMIENTO REIVINDICATIVO

El 21 de noviembre de 1907, el periódico La Voz del Obrero, de Taltal, publicó el petitorio de los obreros de la pampa de Tarapacá que planteaba:

- 1° Aceptar por el momento la circulación de fichas, cambiándolas todas las oficinas a la par;
- 2° Pago de jornales a razón de un cambio a 8 peniques;
- 3° Libertad de comercio en las oficinas en forma amplia y segura;
- 4° Cierre general con reja de fierro en todos los cachuchos y chuladores;
- 5° La existencia en cada oficina, al lado afuera de la pulpería, de una balanza y una vara para comprobar los pesos y medidas;
- 6° Conceder lugar gratuito para que funcionen escuelas nocturnas;
- 7° No despedir a los obreros que han tomado parte en el presente movimiento, sin darles un desahucio;
- 8° Que en el futuro se obliguen patrones y obreros a dar un aviso de quince días antes de poner término al trabajo.

Hubo conversaciones de los dirigentes de los trabajadores con los administradores. Primero fueron tramitados diciéndoles que debían consultar a Iquique. Después, se

les negó todo lo que pedían.

El martes 10 de diciembre de 1907 se inició la huelga en la Oficina San Lorenzo. En los dos días siguientes se incorporan otras oficinas. El viernes 13, se inició la marcha hacia Iquique. El movimiento abarcó toda la pampa de Tarapacá.

El ministro del Interior, Rafael Segundo Sotomayor, antiguo vecino de Iquique y conocido abogado defensor de los intereses salitreros de Matías Granja, envió un telegrama al intendente subrogante el sábado 14: "Si huelga originare desórdenes proceda sin pérdida de tiempo contra los promotores o instigadores de la huelga; en todos los casos, debe prestar amparo a personas y propiedades".

El domingo 15 llegaron a Iquique los primeros pampinos que efectúan desfiles y mítines en la ciudad.

El lunes 16, nuevo telegrama del ministro del Interior: "Para adoptar medidas preventivas, proceda como en estado de sitio. Fuerza pública debe hacer respetar orden cueste lo que cueste. Esmeralda va camino y se alista más tropa".

Martes 17, continúan llegando obreros en huelga a Iquique. Las autoridades envían a los pampinos a la Escuela Santa María.

PRESION BRITANICA

Miércoles 18. En Iquique es día de relativa calma y de tensa espera del intendente Carlos Eastman, que viaja desde Santiago. El periódico El Tarapacá destacaba "la actitud de absoluto orden adoptada por los huelguistas... sus manifestaciones se han reducido a meetings, desfiles y discursos dentro del terreno de la moderación... En las numerosas oficinas que permanecen paralizadas el orden se mantiene inalterable".

En la capital, el encargado de negocios de Gran Bretaña manifestaba al subsecretario de Relaciones Exteriores que el gobierno de Su Majestad estaba preocupado por el giro que tomaban los acontecimientos. Después, el diplomático inglés se entrevistó con el ministro Sotomayor a quien solicitó las últimas noticias para darlas a conocer a su gobierno. El ministro le dio cuenta del envío de tropas y buques de guerra para reforzar la guarnición de Iquique.

El jueves 19, llegó a Iquique el intendente Eastman, acompañado del general Roberto Silva Renard. Se efectuaron conversaciones del intendente con ambas partes.

Viernes 20, nuevo telegrama del ministro Sotomayor: "En transporte Maipo, que parte mañana de Valparaíso, van de ochenta a cien hombres de Carabineros. No se puede mandar más".

"Con los chilenos vinimos, con los chilenos morimos"

En Iquique, los cónsules de Bolivia, Argentina y Perú se reunieron con los obreros de esas nacionalidades que se hallaban entre los huelguistas, y los instaron a abandonar la Escuela Santa María, advirtiéndoles que si no lo hacían, los cónsules no podían responder por sus vidas. La respuesta de esos trabajadores fue inmediata: "Con los chilenos vinimos, con los chilenos morimos". En la oficina Buenaventura, ese día ocho obreros fueron asesinados por las tropas.

Temprano, el sábado 21 una noticia sorprendió a los pampinos: se había dictado el estado de sitio. El intendente Eastman, a la una y media de la tarde, dictó un decreto: "En bien del orden y salubridad pública, concéntrese a la gente venida de la pampa en el Club de Sport (hipódromo), en el camino de Cavanca".

Las calles del puerto se llenaron de soldados y marineros. Se prohibió la circulación de todo grupo de más de dos personas. Todo estaba listo para la masacre fríamente preparada.

Sus autores intelectuales: Pedro Montt, presidente de la República; Rafael Sotomayor, ministro del Interior; Carlos Eastman, intendente de Tarapacá. Autor material: general Roberto Silva Renard.

EPILOGO Y MEMORIA

No les bastó la matanza. Los sobrevivientes fueron sacados de la Escuela (donde se encontró el “arsenal” de las víctimas: veinte cuchillos y cuatro revólveres). Fueron trasladados como un piño de animales hacia el hipódromo. Se aseguró en Iquique que fueron quinteados (fusilado uno de cada cinco) esa misma noche. Los restantes fueron devueltos a sus respectivas oficinas salitreras.

Luis Emilio Recabarren conoció de la masacre estando exiliado en Buenos Aires. Escribió varios artículos sobre este sangriento hecho en La Vanguardia, que se editaba en la capital argentina. Fueron reproducidos en La Voz del Obrero, de Taltal. En uno de ellos, el 11 de enero de 1908, denunció: “Las autoridades, que no pudieron conseguir que los orgullosos capitalistas ingleses aceptaran un medio de arreglo con los huelguistas, resolvieron desalojar a éstos de los locales que ocupaban... Estos, que pacíficamente esperaban la solución del conflicto, opinaron que no había motivos para obligarlos a retirarse, y no se retiraron. Entonces se resolvió la masacre... Según noticias publicadas el domingo 22 los obreros han intentado entrar al centro de la ciudad, asaltar los cuarteles, pero han sido rechazados, y nuevamente victimados, sin resultado alguno provechoso para los huelguistas. La rebelión quedó sofocada. Los carros de la basura recogen los cadáveres y los heridos. Muchos sobrevivientes son arrastrados a prisión”. En otro artículo reproducido por La Voz del Obrero, el 13 de enero de 1908, escribe Recabarren: “Uno de los factores que ha impulsado a la burguesía a proceder tan cruelmente en la destrucción de este movimiento obrero que pedía justicia, es el gran temor que tienen de ver extenderse una agitación obrera en estos instantes en que carecen de fuerzas armadas suficientes a causa del fracaso de las leyes militares. Emplear la crueldad extrema, infundir el terror en el menor tiempo posible, desbaratar toda organización que pueda resistir, he ahí el plan de los burgueses chilenos”.

El 12 de diciembre de 1915, El Despertar de los Trabajadores, de Iquique, publicó un recuerdo de los mártires de la Escuela Santa María, hecho por la dirigente femenina Catalina Agüero: “Pasarán los años, vendrán otras edades, otros tiempos y la torpe cobardía de ese inútil asesinato no será nunca disculpada, porque no podrá concebirse jamás tan inicua inmolación que por sostener el lucro de unos centenares de ambiciosos explotadores haya consentido, haya ordenado, el gobierno a sangre fría, con la más ruín alevosía, la masacre de miles de trabajadores por el solo hecho de tener hambre y frío y pedir ropa y pan para acallar sus necesidades”. El próximo año se cumplirá un siglo de la masacre de la Escuela Santa María. Hay que preparar cientos de iniciativas para demostrar que ese crimen no ha sido olvidado



Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#)..

© CEME web productions 2003 -2007 